

Ya al borde de los torrentes,
 Ya á la cañada sombría.
 De los lábios del Dios-Hombre
 Mana suprema dulzura:
 No hay allí quien no se asombre,
 De su alta ciencia sin nombre,
 Ante la palabra pura.
 La verdad va por su boca
 Como deslumbrante efluvio,
 Cual corre de roca en roca,
 Refrescando cuanto toca,
 El estruendoso Danubio.

La humildad es su elemento;
 La caridad es su tema;
 La bondad su pensamiento;
 La pobreza su contento;
 Fé y esperanza su lema.

Y Cafarnaun cariñosa
 Le escucha, le ama, le admira,
 Y absorbiendo cuidadosa,
 Doctrina tan portentosa,
 En sus raudales se inspira.

CAPITULO VIII.

¡HE ALLI EL CORDERO DE DIOS!

Jesucristo salió del desierto, á donde le habia llevado el Espíritu Santo; y donde permitió ser tentado del Demonio, cuando, despues de cuarenta dias de riguroso ayuno, comenzó á sentir el hambre.

Dirigióse á las campiñas, donde predicaba Juan Bautista la divinidad de Jesucristo á las turbas que le seguian. Tomó hácia la orilla derecha del Jordan; y fué á pasar á una distancia corta de Juan, por entre unas higueras corpulentas, cuya sombra abarcaba un gran trecho del rio, y cuyas raices se prolongaban hasta el arenoso cauce.

Pero Juan, á quien no podia ocultarse la presencia del Señor en aquellos sitios, por hallarse lleno de la gracia del Espíritu Santo, fijó los ojos en la cercana orilla, y dirigiéndose á sus discípulos, exclamó: “¡Hé allí el cordero de Dios!”

Al pronunciar el Bautista estas palabras, dos de sus discípulos, y que eran los que mas cerca de él se hallaban, fueron con precipitacion en seguimiento de Jesus, diciendo:

—No sea que desaparezca; y no volvamos á verle.

Poseidos de una fé ardiente y con gran deseo de oír su divina palabra, le seguían á una distancia corta, sin atreverse á acercarse ni á interrumpir su silencio. Mas Jesus, que sabia bien que era seguido, volvió sus ojos á ellos, y les dijo:

—¿Qué es lo que buscáis aquí?

—Maestro,—dijeron á un tiempo—¿dónde habitáis? porque nosotros buscamos vuestra morada, donde sin duda podremos oiros y aprender vuestra Doctrina.

—Seguidme, y vereis y oíreis,—les dijo Jesus con su acostumbrada dulzura.

¡Los dichosos hombres que le seguían, eran Andrés y Juan el Evangelista!

El Señor mantuvo con ellos una conversacion de tres horas, durante la cual se sintieron atraídos por una gracia particular, y dispuestos á seguirle y á no separarse nunca de El.

Al oscurecer se volvieron á Betzaida, de donde eran nativos. En el camino encontró Andrés á Simon, hermano suyo, y lleno de gozo, le dijo:

—¿Sabes, Simon, que hoy hemos encontrado al Mesías?

—¿Y dónde?—preguntó Simon sorprendido.

—Se halla en esa aldea que acabo de dejar, y donde largo rato estuvimos, Juan el Zebedeo y yo, oyendo la dulzura de su divina palabra.

Simon era de un carácter vivaz y fogoso; así fué que sin detenerse á preguntar mas á su hermano, se dirigió á la aldea en busca de Jesus. Era ya de noche. Al verle Jesus, le dijo:

—Acércate, Simon, hijo de Jonas; tú serás llamado desde ahora Cefas, (esto es, Pedro.)

A la mañana siguiente, tomando Jesus el camino de Caná, seguido de sus discípulos, Pedro, Andrés y Juan, vió venir un hombre por el camino de Betzaida. Se adelantó hácia él y le dijo, con acento dulce:

—Felipe, desde hoy me seguirás y formarás parte de mis discípulos.

Felipe no se resistió, sino que inmediatamente, sin poner obstáculo ninguno, le siguió.

Tenia Felipe un amigo llamado Natanael, que en el apostolado se conoce con el nombre de Bartolomé. Era uno de esos amigos de infancia, que nunca se olvidan, y cuyo cariño parece crecer y fortalecerse con los años.

Felipe se dirigió á él una mañana; y como Natanael le instase á descansar, le contestó:

—No puedo detenerme; y si he llegado hasta aquí, ha sido solamente para decirte, que el Mesías está entre nosotros, y que es Jesus, Hijo de José, el humilde carpintero de Nazareth.

—¿Acaso puede salir cosa buena de Nazareth? preguntó Natanael entre dudoso.

—Natanael, yo no defiendo á Nazareth, cuyo desprestigio todos conocemos; pero si quieres creerme, ven; y cuando estés en presencia de Jesus, oyendo la sabiduría de sus palabras, podras decirme, si de Nazareth puede venir cosa buena.

Natanael siguió á Felipe sin repugnancia. Mas apenas le vió Jesus, exclamó:

—Ved ahí un verdadero Israelita; en su cara no hay falsedad.

Al oír Natanael lo que de él decía Jesús, le preguntó, con ingenuidad sencilla.

—Maestro, ¿dónde me habeis conocido?

—Antes de que Felipe te llamara,—dijo Jesús,—te he visto sentado al pie de la higuera, que dá sombra á tu casa.

Natanael, sorprendido y tocado de la gracia divina, exclamó, callendo de rodillas á las plantas de Jesús, mientras sus manos se cruzaban sobre el pecho.

—¡Vos sois el Hijo de Dios! ¡Vos sois el Rey de Israel, el Prometido, el Deseado de las naciones!

—Tú has creído,—dijo Jesús—porque te he revelado, haberte visto bajo la higuera. En verdad os digo á todos, que vereis cosas mayores; vereis abrirse el cielo, y á los Angeles de Dios bajar y subir sobre el Hijo del Hombre.

Por la tarde, Jesús y sus discípulos, siguieron su camino hácia Caná de Galilea, perteneciente á la tribu de Zabulon.

Desde la muerte del casto José, María habia cambiado su habitacion á Caná, sin duda por estar mas inmediata á Cafarnaun, ciudad populosa á la orilla del mar Genezareo, y á la que Jesús habia elegido para su residencia ordinaria.

Todas las madres abrigamos ese deseo innato de no separarnos de nuestros hijos; todas tenemos esa tendencia de buscarles cuando se alejan; de acercarnos á ellos si se hallan distantes.

Para la madre no hay mayor dicha, no hay felicidad que supere á la ventura de hallarse junto al ser á quien dió la vida; junto al ser que por sí solo, forma el mundo de su corazón, la vida de su vida.

¡Separad á una madre de su hijo, arrancadlo de sus brazos, y la vereis llorar, convulsa y delirante, con ese llanto desgarrador que desarmaria la mano del tirano, si en él cupiera el sentimiento de la compasion!

¡Oh! para la buena madre, para la madre cristiana no hay sol mas alegre, que el sol que la calienta al lado de su hijo; no hay ambiente mas puro, que el que acariciando la frente de su niño, acaricia tambien la suya; no hay paisaje mas risueño que el que ven sus ojos al par de él!

María, modelo de madres, cuya alma era toda sentimiento y amor, vivía para su Hijo: en El pensaba á todas horas, porque le amaba como nadie en el mundo ha podido ni podrá amar. Su corazón le seguía á todas partes, como sigue el girasol los rayos diáfanos y ardientes del sol: sus ojos dulces y tranquilos como las ondas de un apacible lago, se fijaban con ternura en la blanca cinta de tierra por donde debia llegar á su pobre y pequeña casa.

Jesús y los cinco Apóstoles que le seguían, llegaron á Caná, cuando unos parientes de María preparaban sus bodas. Sea por cariño ó por costumbre, ó porque el Salvador así lo dispusiese, los parientes de los novios fueron á convidarlos para que asistiesen á su mesa.

Jesús y María aceptaron el convite que se les hacía, y en el que Jesús obró uno de sus más asombrosos milagros, convirtiendo el agua en vino.

El Cordero de Dios había elegido sus primeros Apóstoles; les había infundido una fé ardiente; les había llenado de la luz de su gracia; pero quiso hacerlos testigos de aquella maravilla para que conocieran la magnitud de su poder, y su alma se afianzara aun más en la fé.

SUPLICA

Mi Dios y mi Señor; ante cuya palabra y poderío, todo cede y todo se anonada; ante cuya grandeza, todo es pequeño; y ante cuya sola presencia se humillan y vacilan los poderosos de la tierra. Haz que mi corazón dócil á tí como los corazones de tus amados Apóstoles, siga con amor el camino de la verdad; por donde solo irán, los que atentos á tu voz, ni la desoigan ni la vituperen. Amén.

CANTO XI.

LAS BODAS DE CANA.

Presidiendo la mesa de un banquete
Hallábase Jesús, junto á María;
En torno á sus Apóstoles tenía,
Que le miraban con creciente amor.

Era la concurrencia numerosa;
Y aunque el vino en las hidras rebosaba,
Cuando el festín á la mitad tocaba,
El vino de las hidras escaseó.

En vano economiza el mayordomo
El corto resto que en su fondo queda:
Sudor de oprobio por su frente rueda,
Frente que cubre densa palidez.

Y le miran los novios angustiados,
Sosteniendo en el alma interna lucha:
La concurrencia que les cerca es mucha;
Les humilla del vino la escasez.

La Santísima Virgen, ya notando
Del mayordomo la angustiada pena,
A su Hijo viendo de dulzura llena,
—“No tienen vino,” dice con amor:

—¿Y qué nos va, su Hijo le contesta,
 «Que el vino falte en el festin ahora?
 «Aun no llega, Mujer, mi última hora:
 «Desconocido en mi poder aun soy.»

Sin fijarse en el tono reprensivo
 Con que fué contestada su demanda,
 Ella á los criados que se acercan manda,
 Hagan lo que Jesus les va á ordenar.

Jesus la mira; y dice á los sirvientes:
 «Llenad las hidras de agua de la fuente.»
 Obedecieron luego; y prontamente,
 Se vió el agua en las hidras rebosar.

Entónces les mandó llenar un vaso
 De aquel líquido puro y cristalino;
 Y hallaron al tomarle, que era vino
 De suave gusto y esquisito olor.

Absortos los Apóstoles quedaron
 Ante aquella incontable maravilla;
 Y en su creciente admiracion sencilla,
 Ya miraban el agua, ya al Señor.

Y los novios, los criados, los parientes,
 Del mas cercano viendo sobre el hombro,
 Al Hijo contemplaban con asombro,
 Y á la Madre con tierna gratitud.

Y comentan el hecho unos con otros;
 Y por la tarde, cuando el vino sobra,
 Mas proporciones el milagro cobra
 ¡Y en silencio bendicen á Jesus!

CAPITULO IX.

JESUS VA POR PRIMERA VEZ A JERUSALEN.

Las blancas brumas del Mar Genesareo, como crespon flotante, humedecen las arenosas playas de sus desiertas orillas, lamidas constantemente por el mujidor oleaje que, en el continuo balanceo de su contacto con las brisas, se desliza sobre ellas para hacer mas estrepitoso su tumbo ondisonante al sepultarse en el mar.

Algunas garzas cruzan las orillas en todas direcciones, remando pesadamente sus blancas y sedosas alas, y van á buscar en la arena los plateados pescadillos que deja el oleaje en pos de sí; ó bien se paran á sacudir su plumaje en las vecinas rocas, desde donde parecen contemplar con orgullo, la llanada de agua que se extiende á sus pies, dibujando á lo léjos un cielo azul, donde vagan errantes graciosos borreguillos nubíferos, que se apiñan ó se desvanecen al capricho del viento.

Andrés y Pedro, sentados á la orilla poética de aquel mar cantado tantas veces por los bardos del cristianismo, echan sus redes á las rizadas ondas con objeto de recojer pescado.

Porque pescadores de oficio, cada dia que pasaban retirados de su Divino Maestro, iban á e-